

LOS FANTASMAS DE LA CORDILLERA

La primera vez que crucé la cordillera de los Andes, naturalmente, vinieron a mi memoria épicos recuerdos; la sombra del general San Martín, con su capote de campaña y su sombrero de hule, me acompañó en el fragoso camino. Cuando desemboqué en el anfiteatro de Uspalata, el viento helado que venía de las cumbres sonaba como un tambor lejano. Aquel misterioso redoble me recordó el tambor fantasma de la banda de Zedlitz, que, con sus manos de esqueleto, bate el marche antes de llegar el día y convoca a los muertos del Grande Ejército para que desfilen frente al espectro del Emperador. Me pareció que aquel tambor tocaba también a generala en el valle, y que los soldados del Ejército de los Andes acudían al fatídico llamado. De los desfileros y quebradas bajaban a paso de carga los regimientos de cazadores, con sus mochilas, sus largos fusiles chíperos y sus caladas bayoneta; los cuerpos de zapadores, con sus picos, palas y barretas; las compañías de artilleros, con sus blancos correaes y sus carabinas terciadas; la brigada de la maestranza, con sus perchas, calabrotes y aparejos; los escuadrones de gigantesco granaderos, rígidos en sus cabalgaduras, con sus altos morriones y sus sables desnudos empuñados. Las divisiones evolucionaban como en la "Revista Nocturna" de Raffet y desfilaban frente al capitán de los Andes levantando en alto las banderas, los estandartes, los guiones, las insignias, los trofeos manchados por la pólvora y desgarrados por la metralla. La visión ahuyentada por la realidad y cogida por el viento, se fué luego envuelta en jirones de banderas y nubes, y se perdió detrás de las cumbres donde habitan los cóndores. En la Guardia Vieja me salieron al encuentro la sombra de Lavalle y el trágico espectro del fraile Aldao, con sus vestiduras talaras manchadas de sangre, y, por fin, cuando tomé el camino de la cuesta de Chacabuco, el mismo camino que hizo el Ejército Libertador, me pareció que caminaba en medio de un tropel de épicos fantasmas.

He vuelto a cruzar varias veces la cordillera, y en ella he tropezado siempre con los mismos fantasmas. Pero, una mañana de abril en que ascendía con mi hijo mayor el camino de las Cuevas, me salió al paso una sombra desconocida. Era aquella una humilde y venerable sombra. No llevaba arreos de guerra ni la escoltaban soldados. Viajaba solitaria, al tardo paso de su cabalgadura, por la áspera senda, tallada en la montaña, sobre el abismo.

De mañana, mientras cruzábamos los Paramillos, yo había leído estas palabras que escribió Sarmiento el año 42, proscripto en Chile: "A los setenta y seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes para despedirse de su hijo, antes de descender a la tumba". En aquella sombra que ascendía penosamente la montaña, yo reconocí entonces a la recia anciana cuyo retrato Sarmiento dejó tallado en materia perdurable en sus "Recuerdos de Provincia". Venía, sin duda, de la casa

solariega de San Juan, la pequeña casa cuyos adobes pudieron contarse en varas de lienzo tejidas por sus incansables manos. Había dejado el viejo hogar con su patio sombreado por la higuera centenaria; con su huertecillo rodeado de tapias albardilladas; con su pequeña alberca de aguas cristalinas. Se había despedido de sus hortalizas, de sus naranjos, de su único duraznero, de sus plantas, de sus flores: su rosal morado, su malva fina, sus claveles. Había dado el adiós a sus pájaros, a los patos de la alberca, a las rústicas gallinas que poblaron el corral. Se había arrancado, ¡con cuánto dolor!, del viejo telar tendido a la sombra de la higuera, después de atar sus pedales y de guardar los husos y la lanzadera de algarrobo pulida por las manos de dos generaciones, y, con sus setenta y seis años a cuestas, sola y confiada a Dios, se había lanzado montaña arriba, desafiando las cumbres eternamente nevadas, para llegar junto al hijo desterrado y darle, con su bendición, el último beso y el adiós hasta la Eternidad. Caminaba la intrépida anciana por la pedregosa senda con la mirada puesta en las cumbres que le ocultaban la tierra chilena donde esperaba el ausente y, a medida que se alejaba aquella sombra, en vez de empequeñecerse con la distancia, se engrandecía. Y tanto se engrandecía, que, cuando llegó a la cima del más elevado cerro, su silueta, proyectada sobre el cielo, parecía una gigantesca estatua cuyo pedestal fuese toda la montaña. Aquel fantasma ahuyentó todos los otros gloriosos fantasmas de la cordillera. Cuando la augusta sombra de la madre se perdió detrás de las cumbres, sentí que la montaña quedaba despojada de épicos recuerdos, y proseguí el viaje indiferente, olvidado del hombre del capote de campaña y el sombrero de hule, y sin advertir que iba hollando la senda del Ejército de los Andes.

Raúl Montero Bustamante.